

La Historia de Mi Vida

Por Joe Louis

—III—

Hay quienes creen que yo dedico ahora mucho tiempo a los placeres. Quizá sea así. Pero durante mi infancia en Alabama no era mucho lo que podía hacer para divertirme. Tan pronto como un muchacho era suficientemente grande se veía obligado a trabajar en el campo, desde las primeras horas de la mañana hasta el anochecer. Por las noches había que permanecer en la casa y acostarse temprano, porque todo el mundo tenía que levantarse temprano para el trabajo el día siguiente. El placer más grande que recuerdo haber tenido en mis días de Alabama me lo dieron las visitas que hacía con mi padrastro a Camp Hill, una población que tenía tiendas a lo largo de su calle principal.

Mi padrastro nos daba una bu-

na cantidad de consejos antes de ponernos la mano encima, y esto último lo hacía contra su propio hijo Pat tan rápidamente como contra mí. En la finca comíamos bien: teníamos abundancia de maíz, papas, tocino, gallinas y pescado. Pero lo que recuerdo más claramente es cómo Pat y yo esperábamos los sábados por la noche, fuera de la casa, en el vagón, porque mi padrastro nos traía galletas y queso, lo que constituía una fiesta para nosotros. Pero teníamos que comerlo en el vagón, en esto era estricto, pues no deseaba que nos viéramos en dificultades sobre el particular.

Los muchachos que vivían en aquellas regiones no poseían mucho, pero se sentían felices. Nosotros no conocimos el cinematógrafo sino cuando llegamos a Detroit. Los

mejores tiempos que teníamos eran los de buscar huevos, para la Pascua, y el acontecimiento más grande era la colocación de nuestras medias en la chimenea para Nochebuena. Sabíamos de San Nicolás, pero no acostumbrábamos instalar árboles de Navidad como se hace en el norte. Lo que encontramos al día siguiente en las medias eran manzanas y naranjas, y grandes dulces de menta.

Antes de que pase a decir cómo fué que nos trasladamos a Detroit cuando tenía doce años, quiero decir otra cosa: en todos los años que pasé en Alabama nunca oí hablar de razas ni cosas por el estilo. Que yo recuerde, nadie hablaba de esto jamás. Si se habló de linchamientos, nunca llegué a oírlo. No era como ahora. No supe de esto sino cuando llegamos a Detroit. En

RUINAS DE INTRAMUROS

—»«—

Las Puertas De Las Murallas

Viejas puertas del Parián, Postigo y Santa
Lucía,

Puerta Real de la Ermita y la de Isabel Segunda,
Carcomidas por los siglos, que se elevan todavía
Como veraces testigos de una leyenda rotunda....

Viejas puertas las que vieron las brillantes
armaduras

De los tercios españoles, argonautas de aventuras
Cruzar bajo sus arcadas como una visión
homérica

Para contener las huestes de Limahong y
América.

Por sus dinteles pasaron muchos nobles
caballeros,
Sacerdotes y guerreros de penachos altaneros,
Portando los estandartes de la Cruz del Salvador.

Viejas puertas de Intramuros.
¡La ciudadela española que fué herida hasta
en sus muros...!

Sólo quedan vuestras ruinas recordando su
dolor...

FELGOMAR.

Manila, Enero de 1949.